M

ISIÓN MARISTA

Jesús, el Hijo de Dios, anuncia con su vida y sus palabras el Reino de Dios. Enviado por el Padre, realiza su voluntad y se constituye para nosotros en modelo de toda misión[[1]](#footnote-1). Jesús, a su vez, envía a una comunidad de discípulos a anunciar lo que han visto y oído: “Vayan por todo el mundo y proclamen el Evangelio a toda la creación”[[2]](#footnote-2). El acontecimiento pascual, la muerte y resurrección de Jesús, lanza a los discípulos a dar continuidad a lo que el maestro les enseñó, haciendo presente el Reino de Dios, en todo tiempo y lugar. El Espíritu Santo genera en los primeros cristianos un dinamismo, una danza divina[[3]](#footnote-3), que se ha ido transmitiendo por el testimonio de vida de generaciones de hombres y mujeres hasta nosotros.

Marcelino Champagnat también se integra en esta “danza divina” del Dios-misión. Siente un llamado personal de Dios. Acoge y vive la experiencia del amor incondicional de Jesús y de María hacia él y hacia sus hermanos y decide consagrar su vida al servicio de la Iglesia, desde el ministerio sacerdotal. Siendo especialmente sensible a los acontecimientos de su entorno, sobre todo a la situación de pobreza e ignorancia religiosa de los niños y jóvenes, profundiza su vocación y su misión particular: “No puedo ver a un niño sin que me asalte el deseo de enseñarle el catecismo y decirle cuánto lo ama Jesucristo”[[4]](#footnote-4).

El Proyecto de la Sociedad de María, en el que participa junto a un grupo de jóvenes sacerdotes de la diócesis de Lyon, le ayuda a diseñar un ideal evangelizador. Luego, al encontrarse con un joven moribundo, Juan Bautista Montagne, que carecía de una experiencia espiritual e ignoraba todo lo relacionado a Dios, se conmueve y decide con audacia concretar sus intuiciones. Funda el Instituto de los Hermanos Maristas como una forma de dar respuesta a las necesidades de su tiempo. A los primeros compañeros de proyecto les propone una misión: “Dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar”. La educación de los niños será la plataforma desde la cual se anuncie y se haga palpable la experiencia del amor incondicional de Jesús y de María.



Inspirados por las intuiciones de Marcelino Champagnat, los maristas, hombres y mujeres, religiosos y laicos, nos sentimos invitados a vivir hoy la misión marista, como expresión particular de nuestra consagración bautismal, siendo rostro mariano de la Iglesia, testimoniando en comunidades fraternas la alegría del Evangelio, evangelizando a través de la educación (formal e informal) a los niños y jóvenes, especialmente a los más desatendidos, defendiendo y promoviendo sus derechos. Esta misión marista se concretiza en diversos apostolados: escuelas, universidades, centros de desarrollo social, catequesis, pastoral infantil y juvenil, proyectos solidarios, estructuras de defensa y promoción de los derechos infantiles…

Nuestra misión marista parte de una experiencia personal de amor de Dios, se enriquece con nuestra apertura y sensibilidad a los signos de los tiempos y se expresa en un amor sencillo y práctico a los niños y jóvenes[[5]](#footnote-5). Así como le sucedió a Marcelino Champagnat, nos conmueven las situaciones de pobreza, sufrimiento y abandono de la niñez y juventud, y nos ponemos en camino, como María de la visitación, para llevar a Cristo a todos[[6]](#footnote-6).

La comunidad marista, en diálogo fraterno, abierto y sincero, discierne cómo desarrollar mejor la misión marista, desde el contexto donde se encuentra. Así, entramos en una dinámica de escucha del Espíritu y de respuesta creativa y audaz a los signos de los tiempos. La realidad de los nuevos Montagne de hoy nos provoca y nos invita a ser generosos[[7]](#footnote-7). Unidos a la Iglesia y a las personas de buena voluntad que buscan construir un mundo mejor, nos sentimos invitados a “salir de nuestra comodidad y atrevernos a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio[[8]](#footnote-8)”.

El espíritu de familia, característica que acompaña la misión marista, se manifiesta igualmente en el sentimiento de formar parte de una comunidad global. Los maristas expresamos nuestra disponibilidad misionera construyendo comunidades y redes internacionales e interculturales, donde se nos reconozca como místicos y profetas. En estas comunidades favorecemos la corresponsabilidad, el desarrollo integral y la solidaridad con los más pobres[[9]](#footnote-9).

1. Cfr. Constituciones 78 [↑](#footnote-ref-1)
2. Mc 16, 15 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Emili Turú. Montagne: *La danza de la misión*. Marzo de 2015. Pág. 3 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. Constituciones 2 [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. Seán Sammon. Circular: *Dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar.* Junio de 2006. Pág. 25 [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Carta del XXI Capítulo General. Octubre de 2009. [↑](#footnote-ref-6)
7. Cfr. Emili Turú. Montagne: La danza de la misión. Marzo de 2015. Pág. 13 [↑](#footnote-ref-7)
8. Evangelii Gaudium 20 [↑](#footnote-ref-8)
9. Cfr. Mensaje de la II Asamblea de la Misión Marista. Nairobi. Septiembre de 2014. [↑](#footnote-ref-9)